

todos. Si el pastor de la parábola evangélica dejó noventa y nueve ovejas para ir a buscar una sola que le faltaba, no hiciera novedad en el cielo que este divino pastor Jesús dejara en él a todo el resto de los santos para descender a estar en compañía de aquella candídisima oveja, que le vistió de su misma naturaleza, le crió y alimentó con ella. Sin duda que los ojos de esta amada Esposa y Madre le obligarán a volar de las alturas y venir a la tierra a donde antes había venido para remedio de los hijos de Adán. Pero no fué necesario para esto desamparar el cielo, pues bajando sacramentado satisfacía a su amor y al de la felicísima Madre, en cuyo corazón, como en su lecho, descansaba este verdadero Salomón sin dejar la diestra de su eterno Padre.» (Parte II, lib. VII, cap. VIII.)

Por último el fin que Dios se propone en todas sus obras *ad extra* es su gloria extrínseca. De donde se deduce que Dios había de instituir este Sacramento principalmente por aquellas personas que debían glorificarle en él de una manera adecuada. Y ¿quién duda que después de Jesús, fué María Santísima la que más perfectamente honró, glorificó y adoró al supremo Señor de cielos y tierra en este admirable Sacramento? ¿Por ventura todas las otras criaturas terrenas y celestiales podrán igualar a esta excelsa Señora en el culto y homenaje que tributó a Dios Hostia? Debemos, pues, afirmar como cosa convenientísima al último fin de todos los seres, que Dios puso en la Iglesia este gran Sacramento principalmente por su Santísima Madre. Esto mismo quedará plenamente confirmado con las siguientes palabras de la obra arriba citada: «En aquellos primeros años no tuvieron los Apóstoles ni disposición para guardar la Eucaristía sagrada, y así lo consumían todo el día que celebraban. Sola María Santísima fué el templo y el sagrario en que por algunos años se conservó el Stmo. Sacramento para que no faltase de la Iglesia el Verbo humanado por ningún instante de tiempo, después que subió a los cielos hasta el fin del mundo. Adoraba a Cristo Sacramentado en la Iglesia en nombre de toda ella, y mediate esta Señora la presencia que en ella tenía, estaba presente y unido por aquel modo al cuerpo místico de los fieles. Y sobre todo, hizo esta gran Señora Madre más feliz aquel siglo con tener sacramentado a su Hijo y Dios Verdadero, que estando como ahora en otras custodias y sagrarios, porque en el de María Santísima siempre fué adorado con suma reverencia y culto, y nunca fué ofendido, como lo es ahora en el templo. Tuvo en María con plenitud las delicias que descó por eternos siglos por los hijos de los hombres, y ordenándose a este fin la asistencia perpetua de Cristo en su Iglesia, no la consiguió Su Majestad tan adecuadamente como estando sacramentado en el corazón de su purísima Madre; Ella era la esfera más legítima del divino amor, y como elemento propio y el centro en que descansaba; y todas las criaturas fuera de María Santísima, eran en su comparación como extrañas y en ellas no tenía su lugar y esfera aquel incendio de la divinidad que siempre arde en infinita caridad.» (Ibidem.)

Por todo lo dicho se ve que las íntimas y estrechas relaciones que, según el dogma, existente entre la Virgen María y la Eucaristía, no solo son relaciones de gracia, sino también de naturaleza entre la